CONMEMORACION DE LOS 25 AÑOS DE LA FUNDACION DE LA SOCIEDAD DE CIRUGIA DEL URUGUAY

El miércoles 7 de noviembre de 1945, la Sociedad de Cirugía del Uruguay conmemoró los 25 años de su fundación, realizando un acto académico en el Salón A, de la Agrupación Universitaria (Agraciada 1464, Piso 13), a las 18 horas, bajo el auspicio de los poderes públicos.

El Prof. Dr. Juan Soto Blanco, leyendo su discurso ante las autoridades nacionales y universitarias

Ocupaban el estrado el señor Presidente de la República, Dr. Juan José Amézaga, el señor Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, Dr. Daniel Castellanos, el señor Ministro de Salud Pública, Dr. Francisco Forteza, el señor Rector de la Universidad, Dr. José Pedro Varela, el señor Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Julio García Otero, el señor Presidente del Club Médico,

Dr. Fernando Etchegorry, el señor Presidente y el señor Secretario General de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, Dres. Juan Soto Blanco y Armando M. Loubejac, y el Dr. Carlos V. Stajano.

El acto se cumplió en la siguiente forma:

1º Discurso del señor Presidente, Prof. Dr. Juan Soto Blanco.

2º A continuación, el señor Presidente de la República hizo entrega de los diplomas correspondientes a los cuatro primeros socios honorarios de la Sociedad de Cirugía, designados en la sesión del 24 de octubre, señores Prof. Dr. Alfonso Lamas, Prof. Dr. Alfredo Navarro, Prof. Dr. Horacio García Lagos y Prof. Dr. Luis Mondino.

3º Discurso del señor Secretario General, Dr. Armando M. Loubejac.

4º Discurso del Prof. Dr. Carlos V. Stajano.

Durante la noche, en los Salones del Jockey Club, se llevó a cabo un banquete, al que asistió el señor Ministro de Salud Pública, Dr. Francisco Forteza, y en el que hizo uso de la palabra el señor Vice-Presidente de la Sociedad de Cirugía, Dr. Fernando Etchegorry.

DISCURSO DEL Sr. PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE CIRUGIA Prof. Dr. JUAN SOTO BLANCO

Sr. Presidente de la República,
Sr. Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social,
Sr. Ministro de Salud Pública,
Sr. Rector de la Universidad,
Sr. Decano de la Facultad de Medicina,
Srs. Profesores Alfonso Lamas, Alfredo Navarro, Horacio García Lagos, Luis Mondino,
Srs. Consocios, Señoras, Señores:

La Sociedad de Cirugía del Uruguay, se ha engalanado con sus mejores atavíos para festejar dignamente sus bodas de plata, en las personas de cuatro de sus más esclarecidos consocios de todas las épocas, y que aún siguen prestándole su máximo pres-

tigio: Lamas, Navarro, García Lagos, Mondino, hombres que representan cada uno de ellos un símbolo y así lo hemos entendido nosotros y nuestros contemporáneos. Hombres que no tienen necesidad de colocar títulos delante de sus apellidos, puesto que ya

Prof. Dr. Alfonso Lamas

no le son necesarios, y han conseguido lo que cuesta a menudo conseguir el nombre de *Señores* en toda la acepción del vocablo.

La Escuela Quirúrgica Uruguaya, tiene en ellos sus grandes paladines y para todos ellos una razón de perpetuo agradecimiento.

La Comisión Directiva está gratamente impresionada, por contar en este acto, con la presencia del Sr. Presidente de la República, del Sr. Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, del Sr. Ministro de Salud Pública, del Sr. Rector de la Universidad,

del Sr. Decano de la Facultad de Medicina, a quienes agradece su presencia hoy aquí por todo lo que ello significa. Es de tradición en nuestro pueblo, que los Jefes de Estado sean protectores de las Ciencias, y así lo han demostrado siempre como lo hacen hoy en

Prof. Dr. Alfredo Navarro

este acto jerarquizando nuestra fiesta con la presencia de los altos Poderes del Estado. Esto me facilita la labor, y me da ánimos para formular un pedido. Decía en su discurso el Prof. Dr. Domingo Prat en la última sesión, en la que se confería el Título de Socios Honorarios a nuestros homenajeados, que debiéramos estar agradecidos de las autoridades nacionales, por habernos proporcionado los materiales necesarios y la creación de Centros Especializados, como los que hoy contamos, aprovechando los nuevos adelantos adquiridos en el arte quirúrgico universal, en beneficio

de nuestros enfermos; pero decía también algo más; que era necesario conseguir de estas mismas autoridades, Leyes Sociales, que nos protegieran, para poder seguir aumentando el acervo de nuestros conocimientos científicos; que pudiéramos tener siempre

Prof. Dr. Luis Mondino

el contralor del trabajo realizado, para poder así hablar con propiedad de los resultados de estos nuevos adelantos; que la Tribuna de la Sociedad de Cirugía era la encargada de salvaguardar los principios de nuestro Arte Quirúrgico, y que no era posible hacer Ciencia sin un juicio crítico severo sobre el trabajo reali-

zado, fuera éste coronado del éxito, o amargado por el fracaso; puesto que fué siempre el lema de la Sociedad de Cirugía; Ciencia y Trabajo.

Hace cierto tiempo cuando programábamos los actos a reali-

Prof. Dr. H. García Lagos

zar con motivo de cumplir la Sociedad de Cirugía del Uruguay, sus veinte y cinco años de existencia, me preguntaba el porque nos deteníamos en este momento a revisar lo actuado, y festejar ese tiempo transcurrido. Para mí sólo hay en ello, una única causal.

Tomábamos la Sociedad a ejemplo de la familia; primera célula del organismo social, piedra basal de todo orden, foco de virtud, crisol de todo sentimiento privado y colectivo.

¿Acaso no representa la Sociedad de Cirugía del Uruguay, la familia Quirúrgica Uruguaya?

¿Qué tenía ello de extraño? ¿Acaso no existía en ella la paternidad necesaria de sus socios fundadores, que se unieron todos para su creación? ¿Acaso no existía la madre, la Ciencia suave y fuerte llena de corazón y de razón? ¿Acaso no estaban los hijos, los jóvenes cirujanos creciendo en edad y sabiduría? ¿Acaso no estaba el ejemplo de los mayores? Por eso nos encaminamos hacia esta conmemoración, con el fin de venerar por su respectivo carácter a los miembros que la integran y de los que conocemos prácticamente las virtudes que nos aleccionan hoy, más que nunca amenazadas por ruinas económicas o morales.

No están todos los socios fundadores; pero felizmente hay muchos; algunos rindieron tributo a la vida, otros siguen actuando oficialmente; estos los homenajeados de hoy, se retiraron oficialmente, para dejar su sitio a sus discípulos, hijos predilectos de su caudal científico.

¿Qué hacen los hijos en un día semejante, en que en su hogar se cumplen las bodas de plata?

Se reúnen con sus padres, se congratulan recíprocamente, se regocijan de todo lo actuado, hacen promesas para el porvenir y le traen bajo el brazo el regalo cariñoso que recuerde el día y que hable de reconocimiento, de generosidad, de amor.

Esta Directiva también pensó en el presente a ofrecer a nuestros queridos maestros.

Hace tiempo que plasmó la idea, aunque nunca llegó a feliz término, de la Creación de la Academia de Ciencias del Uruguay. Hoy junto a los Poderes del Estado, esta Directiva formula este pedido. Desearíamos que la Academia de Ciencias fuera un hecho, porque es necesaria, porque es el sitial que corresponde a nuestros maestros, que nunca perdieron el carácter de tales y de los cuales necesitamos aún sus consejos, sus directrices, el reposo necesario en momento de lucha; y porque no decirlo; porque no podemos pensar ni un momento que estos señores puedan quedar en sus casas rodeados del cariño de los suyos, apartados de la Ciencia, puesto que ya dejaron de pertenecer totalmente a sus respectivos hogares y son también padres de estos sus discípulos que reclaman de ellos y para nosotros una parte de esas testas privilegiadas y de esos corazones tan grandes.

Dentro de unos instantes nuestro Secretario General, expondrá la historia de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, mostrará sus primeros pasos y el desarrollo adquirido por su obra, en la Ciencia Quirúrgica del país.

En mi calidad de presidente de la Sociedad de Cirugía tengo el honor de cumplir el mandato de la Asamblea del 24 de octubre próximo pasado y poner en manos del Sr. Presidente de la República los títulos de socios honorarios conferidos a los consocios Dres. Navarro, Lamas, García Lagos y Mondino.

A todos Vds., muchas gracias.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL Sr. SECRETARIO GENERAL, Dr. ARMANDO M. LOUBEJAC

Señor Presidente de la República,
Señores Ministros, Señor Rector de la Universidad,
Señor Decano de la Facultad de Medicina,
Señores consocios honorarios,
Señores, señoras:

En mi condición de Secretario General de la Sociedad de Cirugía del Uruguay me corresponde trazar en este acto académico, en forma sucinta y breve, una relación de la vida de esta Sociedad al alcanzar los 25 años de actividad en las duras disciplinas científicas.

En el transcurso de ellos, la exposición de doctrinas, conceptos, técnicas quirúrgicas y documentaciones clínicas alcanzó, en el examen y la discusión, la madurez que necesita todo aquello que quiera perdurar y que quiera señalar un camino, menos difícil y más fructífero, para los que necesiten recorrerlo en procura de la mejor solución para los problemas que el cirujano tiene que afrontar, día a día, para vencer a la enfermedad y a la muerte.

No entraré, sin embargo, todavía en materia, sin rendir, yo también, y en este instante, mi emocionado tributo de reconocimiento y gratitud a los maestros García Lagos, Lamas, Mondino y Navarro, a quienes la Sociedad de Cirugía entrega hoy los primeros diplomas de socios honorarios y para quienes esta fiesta, de hondo sentido espiritual, está dedicada enteramente. En ellos

rendimos así nuestro homenaje a los socios fundadores de la Sociedad de Cirugía. Pero ellos significan, además, para nosotros, jóvenes cirujanos que ya los conocimos maestros, los padres de la cirugía, que todo lo hicieron porque nada había hecho, fundamentalmente, cuando empezaron, porque fueron a la vez alumnos y maestros en ese alborar de la gran cirugía que comienza con el primer año del siglo XX, y porque todo lo que aprendieron y sabían lo dieron a manos llenas, con la prodigalidad y entusiasmo con que los padres enseñan, alientan y empujan a sus hijos para que puedan superar a sus progenitores.

Y este concepto paternal de la enseñanza que Navarro, Mondino, Lamas y García Lagos tuvieron como señuelo para orientar las generaciones médicas que pasaron junto a ellos, ha hecho que sus nombres queden indisolublemente ligados al de sus discípulos y ha logrado el milagro de una permanente convivencia y de un continuo e ininterrumpido intercambio, en el que siempre los jóvenes hemos ido a beber en esa fuente inagotable de virtud y de sabiduría.

Como hijo espiritual de estos maestros insignes, en mi nombre y en el de la generación a que pertenezco, les doy las gracias por todo lo que de ellos hemos aprendido y les digo: mis hijos, y los que vengan después de ellos, venerarán en vosotros y en vuestros nombres a quienes poseyeron el don de enseñar haciéndose amar.

Señores:

La Sociedad de Cirugía del Uruguay hechó sus bases el 10 de noviembre de 1920, en una importante reunión de cirujanos realizada en el Hospital Italiano, cuyos salones fueron gentilmente cedidos por la Comisión Directiva del mismo, que presidía el ingeniero Andreoni. Tomó el nombre de "Sociedad de Cirujanos de Hospital" y desde ese momento, hasta la fecha, celebró reuniones sin ninguna interrupción. Poco tiempo más tarde, por conveniencias de ubicación y atento al ofrecimiento de la Comisión del Club Médico, decidiose llevar a cabo las sesiones en sus salones de la calle Uruguay, a donde tuvimos el privilegio de concurrir siendo estudiantes.

La elección de autoridades de la novel institución fué diferida, desarrollándose las sesiones bimensuales durante todo el año

1921 bajo la presidencia rotativa de los Dres. Alfredo Navarro, Alfonso Lamas, Lorenzo Mérola, Angel Gaminara, Manuel Nieto y José May, y actuando en secretaría, interinamente, los Dres. Carlos V. Stajano y Manuel Albo.

La actividad científica fué intensa desde el primer día, al punto que para el 20 de agosto de 1921 — todavía no se había alcanzado el año — se habían considerado y discutido 30 comunicaciones de gran interés. Releyendo las actas de la época, es interesante destacar el alto grado de adelanto que había alcanzado la escuela quirúrgica uruguaya en ese entonces. En la sesión del 1º de octubre de 1921, realizada bajo la presidencia del Dr. Manuel Nieto y dedicada a "Cirugía del Corazón", se presentaron enfermos e historias clínicas de 9 observaciones de heridas de corazón, operadas por los maestros de la cirugía de urgencia que actuaban en la Puerta del Hospital Maciel.

La Sociedad de Cirugía de Montevideo, nombre que adoptó poco después de su fundación, era ya una hermosa y fecunda realidad. Los trabajos se publicaban en las páginas de "Anales" de la Facultad de Medicina, puestas a disposición de la Sociedad por el Consejo de la Facultad y por su Decano, Dr. Manuel Quintela.

El 26 de noviembre de 1921 procedió a la elección de sus primeras autoridades estables, recayendo las designaciones en los siguientes miembros:

Presidente: Dr. Alfonso Lamas; Secretario General: Dr. Manuel Albo; Secretarios anuales: Dres. Clivio Nario y Carlos V. Stajano; Tesorero: Dr. Mario Rossi; Bibliotecario: Dr. Julio Nin y Silva.

La Sociedad tenía en ese momento 57 socios, cuya nómina figura en la página 17 del Libro de Actas 1º. Ellos eran: Prudencio de Pena, Domingo Prat, Lorenzo Mérola, Angel Gaminara, Ramón S. Vázquez, Américo Fossati, Gerardo Arrizabalaga, José Mª Silva, Francisco Rodríguez Gómez, Enrique Pouey, Julio Nin y Silva, Clivio Nario, Baldomero Cuenca y Lamas, Carlos Butler, Horacio García Lagos, Alfredo Navarro, Alfonso Lamas, Francisco Ruvertoni, Eduardo Blanco Acevedo, Mario Rossi, Jaime H. Oliver, Alfredo Rodríguez Castro, Roberto Pereyra, José Carnelli, Eduardo Lorenzo, José H. Menéndez, Mario Artagaveytia, José Infantossi, Luis P. Lenguas, Luis Mondino, Fernando Etchegorry,

José Iraola, Manuel Nieto, Juan Carlos Campisteguy, Ernesto Tarigo, Humberto May, Eduardo Biraben, Carlos V. Stajano, Juan Fco. Canessa, Ernesto Quintela, Mario C. Simeto, Haroldo Messera, Pedro Hormaeche, Pedro Barcia, Luis P. Bottaro, Humberto Bevilacqua, Garibaldi J. Devicensi, Carlos Giuria, Héctor Antúnez Saravia, Carlos Piquerez, José May, Augusto Turenne, Manuel Albo, Juan Pou Orfila, Manuel Quintela, César Crispo, Joaquín J. Canabal.

De acuerdo con la resolución tomada en la **Asamblea** de Ratificación Definitiva de los Estatutos de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, realizada el 20 de junio del corriente año, a los efectos de solicitar la personería jurídica, se incorporó a dichos Estatutos la categoría de socios fundadores, considerando como tales (Art. 20) "a todos aquellos miembros de la ex-Sociedad de Cirugía de Montevideo que ingresaron a ella desde la fecha de su fundación hasta el 10 de noviembre de 1921 y que figuren en el Registro Social en el momento de aprobarse los presentes Estatutos".

Muchos de ellos han quedado en el camino, pagando el tributo inexorable que todos debemos rendir, tarde o temprano. Muchos se fueron con una prematurez que dejó a la ciencia grávida de esperanzas truncas. Tengamos en este momento un instante de silencioso recogimiento a la memoria de todos los socios fundadores que no pueden asistir a la conmemoración del ¼ de siglo de la Sociedad por haber sido llamados al más allá.

Sería interminable una simple exposición sumaria de lo mucho que ha hecho la Sociedad de Cirugía en 25 años. Baste destacar que algunos de los temas tratados, reflejaron la inquietud reinante en la cirugía en todo el mundo en el momento en que fueron considerados. Así, por ejemplo, el debatido en la sesión del 5 de agosto de 1922, sobre "Cirugía de la Constipación (megacolon exceptuado)"; las sesiones del 9 y 19 de setiembre de 1924, dedicadas al "Tratamiento del bocio exoftálmico", donde se trabaron en ardua controversia los partidarios de la actinoterapia con los cirujanos; la del 8 de agosto de 1925, en la que Saralegui, de Buenos Aires, expuso los resultados obtenidos con el tetrayodo en la colecistografía; la del 9 de setiembre del mismo año en la que Pierre Duval, fué designado socio corres-

ponsal extranjero y se escucha de él una magistral conferencia sobre "Los inconvenientes de la colectomía total".

Aunque interesante por demás, una larga enumeración de lo mucho realizado está fuera de los límites asignados a la parte oratoria a mi cargo. Permitidme, sin embargo, recordar la fundamental participación de la Sociedad de Cirugía en la organización del Congreso Médico del Centenario y la destacada intervención de los Dres. Domingo Prat y Juan C. del Campo en el relato sobre "Coleperitoneo hidático"; de los Dres. Horacio García Lagos y Lorenzo Mérola en el relato sobre "Conducta a seguir en las infecciones de las vías biliares", y de los Dres. Velarde Pérez Fontana y Garibaldi J. Devicensi en el relato sobre "El diagnóstico de la apendicitis aguda".

En enero de ese mismo año de 1930 comienza a aparecer el "Boletín de la Sociedad de Cirugía" el que mantiene hoy día un canje de extensión universal.

Se cierra así el primer ciclo, el más difícil, el de los maestros que se suceden en la presidencia: Lamas, Mérola, Prat, García Lagos. Luego, otra vez, Lamas, Navarro y, en seguida, Albo. Desde 1930, los discípulos, hoy brillantes profesores, alcanzan el sitial de la presidencia de la Sociedad de Cirugía y alternan: Nario, Stajano, Del Campo, Prat, Fossati, Nario, Stajano, Navarro, Larghero, Diego Lamas, Etchegorry, Chifflet, Enrique Lamas, Etchegorry, Fossati, Soto Blanco.

Obra grande y perdurable, impregnada de experiencia y marchando hacia adelante con el empuje y el aliento de los que la levantaron, la Sociedad de Cirugía del Uruguay ha incorporado a su seno jóvenes generaciones de cirujanos que demuestran con hechos que es obra patriótica engrandecer lo que recibimos, como un legado, de nuestros mayores.

DISCURSO DEL PROFESOR Dr. CARLOS STAJANO

Porqué, cómo y cuándo se forjó nuestra Sociedad de Cirugía

Hoy se celebra en nuestro mundo científico los 25 años de la fundación de la Sociedad de Cirugía. En el mismo acto se confiere a cuatro profesores, cumbres y ejes de la cirugía de nuestro país,

un título de honor, que condensa en una simple designación, el profundo y gran homenaje de la época nuestra, reciente, nueva, en plena floración, a la época gloriosa de principios de siglo, dentro de la cual ellos laboraron la simiente de todas las generaciones quirúrgicas del país, creándolo todo. ¡Qué mérito inmenso significa el haber actuado en esas épocas pasadas! No tenemos nada más que evocar, lo que fué la cirugía del 1900 a 1915. Es la técnica pura en pleno auge la única arma que maneja el cirujano de entonces, y es la perspicacia clínica y la intuición la gran característica de los hombres de ese tiempo. Por otra parte la cirugía, está impregnada aún, de las tendencias morfológicas, que dominan soberanas en todas las ramas de la Medicina. La Fisiología muy primitiva todavía, no interviene en la práctica quirúrgica — ni moldea el pensamiento de los clínicos — ni influye mayormente en el tratamiento del operado ni en la comprensión del tipo de enfermo tan particular y complejo, como el que crea la postoperación. Es de imaginar que estos titanes en la lucha, vivieron una cirugía temeraria, llena de sorpresas, preñada de amargas decepciones. Esa es la razón de su gran heroísmo y de nuestra devoción hacia ellos, dado que todos los actos de sus vidas rezumaron enseñanzas. Nos trasmitieron directamente su experiencia. Al forjar sus escuelas con su sello propio y personalísimo, entregaron toda su sabiduría. Viéndolos actuar nos enseñaron con el ejemplo, el temple de sus recias personalidades, surgidas de una actuación en épocas tales, en las que para ser cirujano y sobre todo maestro, era menester indiscutiblemente ser varón y necesariamente ser de los buenos. ¡Fuerza interior! ¡Valentía para no retroceder! y sólo el aliento dado por la seguridad del progreso en pleno auge — permitióles soportar horas amargas, y expectativas angustiosas en interminables noches, en medio de catástrofes frecuentes. Razones todas ellas, que nos dan el convencimiento, de que no saldaremos jamás, la deuda gigantesca con ellos contraída, por los tesoros que íntegramente nos legaron con tanto sacrificio.

Por otra parte, las autoridades magnas de la nación prestigian este acto y lo honran con su presencia. Y no podía ser de otro modo, pues no sólo corresponde que la familia quirúrgica del Uruguay se incline reverente, ante sus mayores, colocándolos en el alto sitial, de la máxima consideración y del reconocimiento.

Es menester que el país entero, reflexione, siquiera un momento, en medio de su vivir desaprensivo y apresurado, para ponderar el significado de esta limitada hora de homenaje a un estado mayor de cirujanos, que reclutó, disciplinó y armó — a todo el cuerpo de cirujanos destacados de la nación, los que derrochan su inmenso beneficio y sin cesar, a todo el pueblo, que no sabe, ni sospecha, cuánto debe a nuestros viejos maestros, a los cuales hoy rendimos homenaje. Es al país, a todo el pueblo, al que debe exigírsele por la educación una mayor comprensión de la obra silenciosa, pero efectiva cual ninguna otra actividad, y que emana de nuestra Facultad de Medicina, por intermedio de sus grandes maestros, además, por ser una Facultad donde se forjan disciplinas férreas, técnicas de acción, conciencia plena de la misión social, fuerza moral que se ejercita sin cesar, conceptos de responsabilidad, etc. En una palabra: forja hombres fuertes con sabiduría lanzándolos al mundo en sus cruzadas para el bien.

—Reflexione el pueblo! Reflexione el país! en esa deuda inmensa, que aumenta diariamente frente a los estudiosos de la medicina, deuda contraída con una decepcionante desaprensión para no ser saldada nunca.

—La cultura progresiva, inducirá a meditar, para dar valor a lo que corresponde, jerarquizando los valores morales y efectivos, verdaderos cimientos de una nación y no otros — base de su engrandecimiento — para beneficio de todos. Por todo el conjunto de motivos se justifica ampliamente que en esta ceremonia nuestro actual Presidente de la Sociedad de Cirugía, el profesor Soto Blanco, al oficiar de sacerdote, corone con los laureles de la sociedad a los profesores Navarro, Lamas, Mondino y García Lagos y que las autoridades máximas de la Nación y de la Universidad, honren con sus altas investiduras este acto académico, rindiendo homenaje a cuatro grandes y eminentes cuidadanos que vivieron sin duda alguna, para el engrandecimiento y el prestigio de nuestra patria, en la más noble, esforzada y titánica de las actividades.

Señoras y señores: El Secretario General de la Sociedad, el Dr. Loubejac ha informado sobre la labor realizada desde el día de su fundación hasta la fecha. Se me ha designado para que describa el por qué, el cómo, cuándo y dónde, se forjó nuestra Sociedad de Cirugía.

Evocaré aquellos años que viví, allá por el año 1916, en que egresaba de la Facultad, con buena dosis de optimismo, pero también con justificadas dudas del futuro. El medio ambiente de entonces era muy distinto al actual. En efecto: un escenario único, el hospital Maciel; un clima hospitalario propio de ese tiempo; varias generaciones en plena floración: y un potencial poderoso en inactividad e inutilizado.

He aquí en síntesis el año 1916.

El Hospital Maciel, la Casa Madre, concentraba toda la actividad quirúrgica del país. Jacinto Vera, Cabrera y San Luis en el piso bajo. Maciel, Santa Filomena, Santa Rosa y La Sala de Presos en la planta alta.

La enseñanza intensiva en cada clínica absorbía por entero la atención de maestros y discípulos. Las disciplinas se concentraban en cada servicio y a pesar de la contigüidad de un albergue común — no había tiempo ni ocasión, para un intercambio normal.

El clima particular de la época, se caracterizó por la desconexión de la actividad científica. La ciencia se cultivaba dentro de muros, impermeables al vecino inmediato.

Cada clínica actuaba con entera independencia una de la otra.

El molde de cada escuela imprimió su ritmo y su marca a sucesivas promociones de cirujanos, que constituyeron el medio quirúrgico del país. La actividad científica brilló aisladamente pero sólo dentro de cada cátedra. Recordamos con fervor la voz de los maestros, que en sucesivas conferencias atraían a numeroso auditorio, concentrando íntegra y exclusivamente a la actividad científica del medio.

La generación avanzada joven de esa época, sintió prestamente una necesidad, de acuerdo con el ritmo científico de los países vecinos. Sintió la carencia de un medio propicio para intercambiar opiniones y la vida de relación fué ya una exigencia impostergable del momento. Los pocos valientes que se aventuraron a emitir opiniones elaborando trabajo, fruto de su experiencia — no tenían sino una tribuna ofrecida por la respetable Sociedad de Medicina que sesionaba lánguidamente en el sombrío salón del Ateneo. Un cirujano por ejemplo, ansioso de debate, presentaba su trabajo a un auditorio mínimo, constituído por el Presidente y dos vocales a lo más, cuyo interés por el tema era

nulo o era escaso — dado que su especialidad en Radiología, en ojos o en piel — los obligaba a oír protocolarmente, con gran devoción casi apostólica, un trabajo de técnica o de clínica quirúrgica. Resultado: aprobación enjundiosa sin reproche, ni discusión de cualquier presentación y como consecuencia desaliento en el empeño propuesto y protestas por la indiferencia científica del medio.

En el año 1918 bajo la presidencia del Prof. Scoseria — la Sociedad de Medicina propone las Seccionales especializadas, pero infructuosamente se intenta dar vida a la Seccional de Cirugía. Sólo dos veces se reunió en el Hospital Maciel esta seccional y murió de inanición pese a los esfuerzos de su presidente el malogrado Prof. Mérola.

Este es el panorama oscuro de la actividad científica excátedras que me tocó conocer desde 1916 al 1920.

Muchos de los veteranos aquí presentes y que vivieron esas horas, podrán atestiguar con sus recuerdos, un pequeño mérito que me asiste, y es el de haber soñado con una Sociedad de Cirugía tal cual hoy existe, que oficiase como una turbina poderosa, que utilizase el potencial inactivo, e inutilizado hasta entonces, de las riquezas científicas del medio. Con la exclusiva y única credencial de la fe en esa cristalización y con el salvo conducto de mi respetuosa independencia en todos los medios, inicié una campaña de convencimiento y de persuasión en todos los servicios.

Conservo aún los carteles impresos de esos años, que se colocaron profusamente en todas las paredes del hospital Maciel y donde junto a la reflexión, se rompen lanzas, contra todos los factores adversos del ambiente.

El respeto al auditorio y la brevedad impuesta a este acto de solemnidad, me impiden extenderme sobre numerosos aspectos de este capítulo interesantísimo de psicología colectiva. Sólo nombraré por categoría los escollos que tuvieron que vencerse, en esta campaña desinteresada y tan ingrata como costosa. Hubo que conquistar posiciones, ocupadas por las distintas fuerzas opuestas al empeño: la de los indiferentes; los derrotistas que era el grupo más compacto, la de los denominados hombres cuerdos y dueños de la mesura. Ese otro grupo nefasto cual ninguno, el de los seudo modestos, que se declaraba enemigo de la espectabilidad

y de la ostentación y por eso se abstenían de trabajar!! El grupo de los demoledores y disolventes que se empeñaron en todo momento en silenciar lo bueno y en hurgar en los pequeños defectos de los empeñosos. Y por último el gran caudal de hombres que yo denominaba, el de los "cortos de vista" porque en su estrechez de miras, no concibieron nunca la visibilidad hasta el horizonte.

Señores:

He aquí el objetivo propuesto, mantenido como una obsesión, durante dos años de incesante bombardeo, resistiendo a la crítica incrédula, en la que casi llego al convencimiento de mi ingenuidad, que me fué enrostrada a cada paso. Sin embargo, continué teniendo fe.

Creí llegado el momento de rematar el ataque y el 10 de noviembre de 1920 con todo atrevimiento, me arriesgo al último movimiento. Previa circular impresa y repartida profusamente, solicitando en ayuda la firma de un cirujano de prestigio, el malogrado Prof. Albo, citamos a todos los cirujanos del ambiente para una reunión preliminar, en un lugar neutral: el Salón de Actos del Hospital Italiano y a las 10 de la mañana.

Horas previas de incertidumbre, momentos angustiosos de espera, probabilidades de fracaso ruidoso, precedieron esa ansiada reunión preparatoria. Y el milagro se produjo.

Uno a uno, de nuestros homenajeados de hoy, muchos otros ya desaparecidos, varios cirujanos de Hospital, viejos, maduros y jóvenes — conscientes de su gran misión, respondieron con generosidad al llamado de la buena y desinteresada intención de un joven atrevido, que sin ninguna autoridad firmaba la citación.

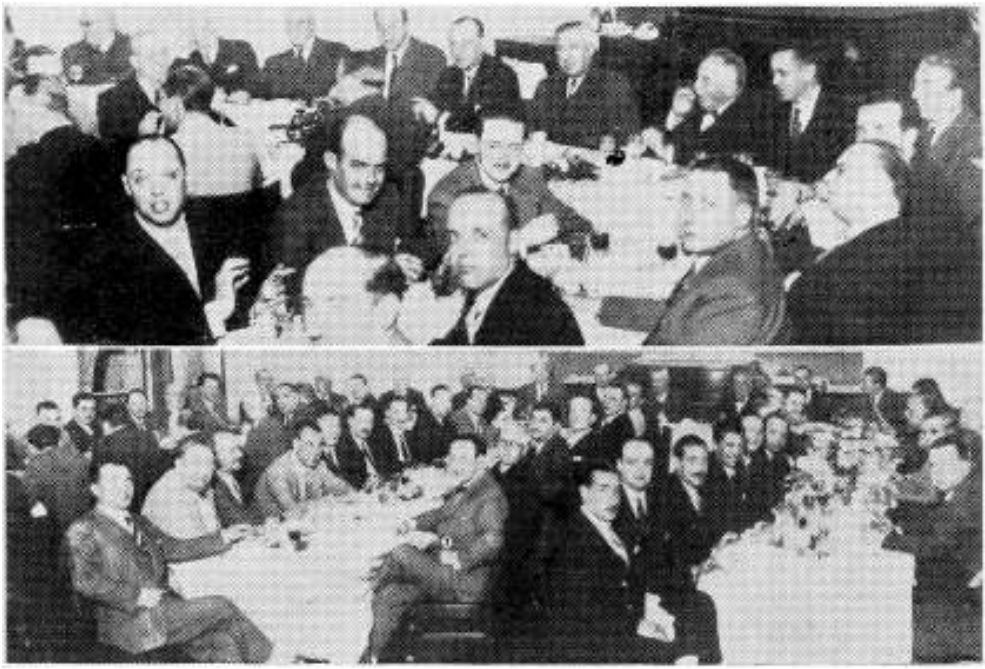
En una mañana de sol — promisora de esperanzas, se congregaron pues, los grandes pilares de la cirugía del país y todos sus discípulos, y oyeron mi balbuceante exposición, en la que exponía los móviles de la cita. Culminó en una declaración de propósitos de la Asamblea y en un exponente de fe. Todo ello bajo el auspicio de los cuadros del Rey Umberto I y la Reina Margarita, que adornaban el salón. Desde ese día, el de la primera reunión de la Sociedad de Cirugía, jamás dejó de sesionar hasta hoy, dando un ejemplo en el ambiente, y demostrando que aquella visión de un semi-sueño era exacta. Sólo era menester armar una turbina para convertir en energía constructiva el inmenso potencial, en inactividad o desperdiciado.

DISCURSO DEL Dr. FERNANDO ETCHEGORRY

Señores:

El "homo sapiens", cúspide para algunos de la escala zoológica, siente la imperiosa necesidad de expresar con hechos las emociones más íntimas e intensas. No le bastan las descargas adrenalínicas aceleradoras de su pulso y que en reflejos antagónicos lo rubicundan o empalidecen; ni tampoco le satisfacen las lágrimas, suspiros, risas o lamentos con que los más comunicativos exhiben su mundo interior. Como respondiendo a un conjuro mágico o a una excitación hormonal, traduce las interferencias del ritmo habitual de la vida, exagerando la satisfacción de una necesidad fisiológica. ¡Magnífica costumbre, religión universal, quizás la única que todos acatan y respetan! Porque si bien cambian decoración o ambiente, el hecho esencial permanece incólume: de pie o sentado, sobre níveo mantel o verde césped, con nombres sibilinos o perfectamente rústicos, el salvaje se aproxima al hombre civilizado y tanto el uno como el otro, festejan el acontecimiento poniendo a prueba la suficiencia hepática. Y como somos terrenos y porque festejamos un hecho magno, es que cumpliendo con el ritual, comemos y bebemos en torno de esta mesa.

Pero, como en la vida todo tiene su reverso y como la perfección no es de este mundo, la solemnidad de actos de esta naturaleza se ve comprometida por la presencia de un elemento perturbador y cuyo origen se pierde también en la obscuridad de los siglos pasados. Tal vez "homo sapiens", en sus primeros arrestos caverniles, carente de los modales "luiscatorcianos" que nos caracterizan, pretendió no se le confundiera, dada la similitud exterior, con el piteco que le precedía en la escala; o quizás en un rasgo bien humano de despertar la envidia en los excluídos del festín, inventó el anunciar con palabras la realización de la fiesta; y así nació esa calamidad pública archiconocida, alteradora de las buenas sobremesas: ¡el orador que ofrece el banquete!



Asistentes al banquete realizado en el Jockey Club de Montevideo

Permítaseme protestar por la intromisión en nuestras reu-niones de elemento tan insólito y formular votos para que desapa-rezca en el futuro más próximo; pero entre tanto y hasta que la idea no sea realidad, tolerémoslo con toda la benevolencia po-sible.

Señores: todos los años los miembros de la Sociedad de Ciru-gía nos reunimos en ágape fraternal. En el de éste, el suceso se magnifica, pues festejamos además un doble acontecimiento: las bodas de plata de nuestra Institución y la recepción de sus pri-meros cuatro miembros honorarios. Los oradores de esta tarde, con palabra elevada han descrito el panorama que se divisaba desde el camino recorrido en estos 25 años de labor; nos han ha-blado del esfuerzo constante que ha permitido lleguemos triun-fantes al día de hoy, que deseo prolegómeno de éxitos aún más

grandes. Y estos vendrán siempre que luchemos con tesón y ten-gamos fe en nuestro porvenir. La palabra desaliento tiene que ser borrada de nuestro vocabulario y si por asomo un día, sintiéra-mos flaquear la voluntad, recurramos de inmediato al ejemplo edificante que es la vida de nuestros homenajeados de hoy, cru-zados de un ideal que vieron cumplido y que reciben como justa
compensación de sus méritos, el público reconocimiento de sus siempre discípulos.
No miremos hacia atrás para justificar un cansancio prema-turo; demos solamente vuelta la cabeza, para inspirarnos en ejem-plos que ennoblecen. Nadie ignora que vivimos momentos peno-sos; enfrentémoslos no para mirarlos melancólicamente, sino para resolverlos con valentía. Alegremente, pues resolución, voluntad, caracter, no son sinónimos de adustez, mal humor, gesto agrio. Todo el hombre lo puede hacer, menos de un ídem sacar una mu-jer; al autor del adagio se le olvidó agregar: a condición de que se ponga a la obra con buen talante.
Así pues, señores Consocios, os invito a continuar la marcha que iniciamos hace 25 años, *"bras sus bras sous"*, exponiéndonos mutuamente nuestras dudas y expresando elevadamente nuestras opiniones. Ni intransigencias ni complacencias culpables. Acatamiento ante los hechos o la razón; crítica serena frente al error o al sofisma. Podremos de esta manera completar la obra entre-gándola orgullosos a quienes nos sucedan y sintiéndonos dignos de los Maestros que hoy se sientan en nuestra mesa.

Señores: elevo mi copa en homenaje a nuestros primeros cuatro socios honorarios; brindo para que la suerte les sea propicia y gocen de felicidad perenne; hago votos para que alegría y concordia reinen soberanas entre nosotros; y si alguna vez, olvidando de que somos hombres y por lo tanto imperfectos, ante un gesto extraño, contrajéramos el rostro con un rictus de contrariedad, recordemos el verso hoy doblemente oportuno que nuestro colega Rabelais coloca como frontispicio de su obra genial:

Amis lecteurs que ce livre lisez
Despouillez vous de toute affection
et, le lisant, ne vous scandalisez:

Il ne contient ni mal ni infection.
Vray est qu'icy peu de perfection
Vous apprendrez, sinon en cas de rire.
Aultre argument ne peut mon coeur elire
Voyant le deuil que vous mine et consomme;
Mieux est de ris que de larmes ècrire
Pou ce que rire est le prope de l'homme. (1)

He terminado.

---

(1) Copia fiel.